



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

“El Corazón de Jesús late siempre por nosotros con esas palabras: ‘¡Ánimo, ánimo, no temas, aquí estoy!’ . Ánimo hermana, valor hermano, no te desanimes, el Señor tu Dios es más grande que tus males, te toma de la mano y te acaricia, está cerca de ti, es compasivo, es tierno. Él es tu consuelo” (Papa Francisco).

Muy apreciados sacerdotes:

¡El Padre de Misericordia que nos amó hasta el extremo enviándonos a su Hijo único, los bendiga con todas clases de bienes!

Con gran gozo en el Señor, celebramos en este día la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes; es una ocasión para dar gracias a Dios por el ministerio Sagrado entre nosotros y, también, para robustecer nuestro compromiso, pastores y fieles, de elevar nuestras súplicas al cielo por la vida de perfección de quienes han consagrado su vida en el ministerio sagrado.

Este año, como presbiterio, nos alegramos por la celebración de las bodas de plata de ordenación sacerdotal de los padres José Gregorio Duque y Héctor López. Agradecemos, de corazón, el trabajo que nuestros hermanos han realizado en los diferentes servicios pastorales. Oramos a Jesús, autor y consumidor de nuestro sacerdocio, para que el sí que dieron en la ordenación sacerdotal se prolongue a lo largo de toda su vida. Pedimos, también, por su fidelidad en el ministerio.

Así mismo, nuestra Diócesis se alegra y da gracias a Dios, por la ordenación diaconal de Julio Morillo y Jesús Meleán, el pasado 29 de mayo del año en curso, en el Oratorio del Seminario Internacional Bidasoa, España. Como todos sabemos, ya desde la ordenación diaconal, quedamos insertados al clero diocesano, con lo cual asumimos el propósito de vivir nuestra triple condición de hermanos: En el bautismo, en la ordenación sacerdotal y en la pertenencia a un mismo presbiterio. Estos dos hermanos nuestros, en este próximo mes de agosto, regresarán para incorporarse de lleno al trabajo de la Diócesis.

Dentro de poco, nuestro hermano Pbro. Néstor Ulloa, retornará a nuestra Diócesis, luego de haber culminado su especialización en Teología bíblica en Salamanca, España. De seguro su labor en esta materia resultará beneficiosa para esta renovación pastoral integral que hemos emprendido en nuestra Iglesia particular.

Con mucha ilusión y esperanza, despediremos a nuestro hermano Pbro. Gustavo Liscano quien, junto a dos de nuestros seminaristas, viajarán a España para realizar sus respectivos estudios. Les pido que no dejemos de orar por ellos para que lleguen a feliz término los propósitos de esta etapa formativa.

Cuando San Juan Pablo II instauró esta Jornada en el marco de la Solemnidad del Sagrado de Jesús, nos pedía persistentemente, a todo el pueblo de Dios, que rezáramos a fin de que los sacerdotes alcancemos la santidad de vida, en la configuración con Cristo, en la comunión fraterna y en el ejercicio de nuestro ministerio.

El carácter de esta Solemnidad es doble: de acción de gracias por las maravillas del amor que Dios nos tiene, y de reparación, porque frecuentemente este amor es mal o poco correspondido, incluso por quienes tenemos tantos motivos para amar y agradecer, como somos los sacerdotes.

Un viernes de la octava de la festividad del Corpus Christi, Nuestro Señor se le apareció a Santa Margarita María Alacoque y, descubriéndole su Corazón Sacratísimo, le dirigió estas palabras, que han alimentado la piedad de muchas personas: *“Mira este Corazón que ha amado tanto a los hombres y que no ha omitido nada hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor; y en reconocimiento, Yo no recibo de la mayor parte sino ingraticudes por sus irreverencias y sacrilegios y por las frialdades y desprecios que tienen hacia Mí en este sacramento de amor. Pero lo que me es más sensible todavía es que sean corazones que me están consagrados los que así me traten...”*.

Queridos sacerdotes: teniendo presente estas palabras, quiero transmitirles algunas sencillas reflexiones sobre nuestro ser y quehacer sacerdotal, a partir de la cita bíblica de Mt 11, 29-30, que habla precisamente sobre el Corazón de Cristo: *“Vengan a mí los fatigados y agobiados, y yo los aliviaré. Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas, porque mi yugo es suave y mi carga es ligera”*, es una invitación, que nos hace Jesús a que lo imitemos.

Como sacerdotes, hemos tenido la experiencia de sentirnos cansados por el ingente trabajo que nos toca hacer, defraudados por los resultados obtenidos, vapuleados por chismes y calumnias, afectados por la crisis económica que estamos atravesando y, al presentarnos delante de Jesús, teniendo presente esta promesa, y descargar todos estos sentimientos, hemos alcanzado paz espiritual y una fuerza interior para seguir adelante. Se cumple en nuestra vida lo que profetizó Isaías: *“los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán”* (Is 40, 31).

El Señor nos dice **“mi yugo es suave”**. Según los entendidos en la materia, el yugo era una palabra para referirse a la Ley de Moisés (Si 51, 33), que con el paso de los tiempos se había sobrecargado de minuciosas prácticas insoportables (Hch 15, 10) y, a cambio, no daba la paz del corazón. El Señor había anunciado para los tiempos futuros una nueva época de restauración, en la que iba a atraer a sus fieles *“con vínculos de afecto, con lazos de amor”* (Os 11,11) y Jesús, con la imagen de su yugo y su carga ligera, se presenta como esa nueva iniciativa de Dios. San Agustín nos dice: *“Cualquier otra carga te oprime y abrumba, más la carga de Cristo te alivia el peso. Cualquier otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas, parece que le alivias el peso, pero cuanto más le quites el peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso; restitúyete el peso de sus alas y verás cómo vuela”* (San Agustín, Sermones 126, 12).

Suele suceder en nuestra vida sacerdotal que tenemos momentos de tranquilidad espiritual, en los cuales sale espontáneo hacer la oración personal, recitar la liturgia de

las horas, celebrar la misa con devoción, acudir a la confesión, pero, en otros momentos, experimentamos una gran sequedad espiritual. En estos momentos, siguiendo el consejo del Señor, debemos llevar el yugo del Señor, el cual nos proporcionará serenidad y eficacia pastoral. Los actos de piedad que debemos hacer los sacerdotes son esas alas, que pesan porque requiere esfuerzo, pero que nos ayudan a ser libres, a tener grandes proyectos pastorales y ser realmente hombres de Dios *“puesto en favor de los hombres en las cosas que se refieren a Dios”* (Hb 5,1).

Queridos sacerdotes, sería un gravísimo error abandonar nuestra vida interior, so pretexto de que tenemos mucho trabajo pastoral. Tenemos tiempo para lo que amamos y si amamos al Señor tendremos tiempo para él. No nos olvidemos de que el apostolado, nuestro ministerio, debe ser sobreabundancia de vida interior; debe iniciar, precisamente, en esos momentos en los que *“estamos a solas, tratando de amistad, con quien sabemos nos ama”* (Santa Teresa de Jesús). Una gran verdad dijo un santo, que amó y se entregó a servir a los sacerdotes: *“Si se abandona la oración, primero se vive de las reservas espirituales y después, de la trampa”* (San Josemaría, Surco 445).

El Señor nos invita a ser **mansos de corazón** como Él. Los mansos no son los indiferentes, ni los apáticos. La mansedumbre está apoyada sobre una gran fortaleza de espíritu y dominio de sí mismo. Ella misma implica, en su ejercicio, continuos actos de fortaleza y humildad. La mansedumbre se opone a la violencia, que en el fondo es signo de impotencia, de disgustos que no tienen sentido, ni por su origen (muchas veces grandes enfados han tenido su origen en pequeñeces), ni por sus resultados, porque no arreglan nada.

El sacerdote, llamado a tener los mismos sentimientos de Cristo, a ser otro Cristo, debe cultivar esta virtud, pues siempre se debe mostrar como una transparencia del Buen Pastor. Lejos del sacerdote el malhumor, la irritabilidad, la ira, el gritar a los fieles, el imponer a la fuerza sus propias ideas. Como Obispo, he podido comprobar que los fieles están dispuestos a perdonar cualquier pecado a los sacerdotes, pero no sus altanerías y su ambición de dinero. San Pedro, nos aconseja: *“estemos siempre dispuestos a responder con mansedumbre y respeto a quienes nos pidan razón de la esperanza en que vivimos”* (1Ped 3, 15).

A un corazón manso como el de Cristo, se abre de par en par las almas, y se puede ejercer un ministerio fecundo. Les aconsejo que sigan la admonición de F. de Osuna: *“bienaventurados los mansos porque tienen la virtud del imán, que atrae el hierro con atracción natural. No hay manera mejor de atraer y ablandar la dureza de los corazones ásperos que con la mansedumbre. Como se lee del manso David (1Sam 24, 17-18) que muchas veces ablandó el corazón de su gran enemigo Saúl o incluso le hizo llorar y le acercó a él con su misericordia”*. Recordemos la sabiduría popular: *“se consigue más con una gota de miel que con un barril de hiel”*.

Y nos invita, finalmente, **a ser humildes**, o sea, a que vivamos según nuestra verdad, y tengamos conciencia del puesto que ocupamos frente a Dios y a los hombres, y en la sabia moderación de nuestros deseos de gloria. Nada tiene que ver con la timidez, el apocamiento o la pusilanimidad. La humildad no nos prohíbe tener conciencia de los talentos y dones recibidos, ni disfrutarlos plenamente con corazón agradecido; solamente nos prohíbe el desorden de gloriarnos de ellos y presumir de nosotros mismos.

Mansedumbre y humildad: dos virtudes necesarias en la vida del pastor para trabajar juntos, sinodalmente, con los hermanos del presbiterio y los fieles, como nos pide el Papa Francisco.

Ante Jesús, presente realmente en la Eucaristía, ojalá podamos examinarnos y preguntarnos: mi corazón ¿Se parece al corazón de Jesús? ¿A dónde se orienta mi corazón? En medio de tantas actividades y preocupaciones: ¿En dónde se fija mi corazón, a dónde apunta? ¿Cuál es el tesoro que busca? Porque —dice Jesús— «*donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*» (Mt 6,21).

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo dos direcciones: el Señor y la gente. Por eso el corazón del sacerdote ha de ser un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo, sino que está dirigido a Dios y a los hermanos a quienes sirve con abnegación y alegría.

No debe ser un «*corazón bailarín*», como dice el Papa Francisco, que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones; es más bien un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los hermanos. Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, el Señor nos concede su gracia a través de la oración, y la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia.

Pidamos a la Santísima Virgen María, cuyo corazón fue traspasado por la espada al ver a Jesús morir, y a San Benito de Palermo que siempre nos muestra el corazón del Señor, nos ayuden a ser pastores, según el corazón de su Hijo, que solo busquemos su gloria y la salvación de las almas.

En Cabimas, a los veinticuatro días del mes de junio de 2022, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fermin
Obispo de Cabimas.



Prot. 2022/104